

## XII.

## Una velada en casa de Talma.

El 15 de Octubre habia una gran solemnidad en el teatro de Variedades del palacio real, en donde Monvel habia contratado los mejores actores, un poco asustados por la revolucion.

La señorita Amalia Julia Candeille, que era la querida de Vergniaud, daba la primera representacion de *La hermosa rentera*, y además el vencedor de Valmy, Dumuriez, debia asistir.

Despues de la representacion, artistas, actrices, actores y hombres políticos debian dirigirse á casa de Talma, calle de Chante-reine: la acababa de comprar y obsequiaba á sus amigos con un sarao, dedicado al baile y al ingenio, en donde se bailaba y se leian versos.

Hacia cuatro dias que habia llegado Dumuriez, acompañado de Jacobo Merey, el que en todos conceptos simpatizaba con el general.

La mirada del doctor, leal y profunda, le preocupaba algunas veces, porque penetraba hasta el fondo de su corazon, como si no estuviera convencido de la abnegacion de Dumuriez por la república; pero era hábil, y además los hechos desmentian las sospechas.

Se acusaba al general de haber sido demasiado atento para con los prusianos en la retirada; pero demasiado sabia Jacobo Merey de quién era la orden, puesto que habia sido el portador de ella.

Dumuriez habia pretextado tener que presentar al ministerio su plan favorito de la invasion belga para ir á Paris y estudiar por sí mismo la situacion. Abolida la soberanía real y proclamada la república, eran dos grandes obstáculos para sus ideas, es decir, para colocar en el trono al duque de Chartres; pero no ignoraba cuán

fácilmente cambia el pueblo sus ódios y su entusiasmo, y esperaba que el tiempo influyera en los acontecimientos.

En la primera entrevista que anteriormente habia tenido con Mad. Roland, como no habia cambiado aun su calzado de Versailles por las botas de Valmy, trató algo ligeramente á aquella severa matrona, que decia hablando de sí misma:

—Nadie ha conocido la voluptuosidad ménos que yo.

Mad. Roland, que era el verdadero ministro, que comprendia su superioridad, y que temia ver caer á su marido en ridículo, le guardó más rencor á Dumuriez por sus galanterías y maneras libres, que por la caida del ministerio.

El ministerio girondino habia sido para Dumuriez en extremo atento; le habia sostenido físicamente con su poder, y moralmente con su popularidad; debia, pues, ser agradecido para con aquellos enemigos leales que tanta parte habian tomado en su victoria, y, si era posible, procurar la reconciliacion entre la Montaña y la Gironda.

Esto era tanto más fácil cuanto que Danton y Dumuriez se habian reconciliado.

La representacion de *La hermosa rentera* debia de afianzar más aun la reconciliacion.

Quando el vencedor de Valmy llegó á Paris se presentó en el ministerio del Interior, y del gabinete del ministro pasó al salon de Mad. Roland, á quien ofreció un magnífico ramo de flores.

Mad. Roland recibió aquel emblema de lo efímero y lo frívolo sonriéndose.

—¿Qué pensais de mí? la preguntó Dumuriez.

—Que sois un poco realista.

Y la inteligente criatura habló de los planes políticos de sus amigos y de su marido. Reconocia la privilegiada inteligencia del general; pero cuanto más talento le concedia, más desconfiaba.

—Por lo mismo que teneis talento, sois más peligroso, le dijo; y la república de hoy en adelante se guardará bien de poner á vuestras órdenes á los demás generales.

Dumuriez se encogió de hombros.



—El defecto de las repúblicas es la desconfianza, contestó, y con ella matan el génio. La desconfianza crea esos terrores pánicos, esos gritos de traición que, lanzados por casualidad, quitan al hombre toda fuerza moral y le llevan impotente y desarmado al encuentro del enemigo.

Si no hubieran sido los otros generales subordinados míos, me hubiera sido imposible unir las tropas de Beurnonville con las mías, ni tampoco Kellermann hubiese salido de Metz para llegar á tiempo á Valmy, y á esta hora estarían los prusianos en París y yo prisionero en Berlín.

Dumuriez se despidió de Mad. Roland para dirigirse á la Convención, en donde le aguardaban.

Habia cambio de gobierno, y por consiguiente, tenia que prestar juramento.

Pero Dumuriez escuchó las enhorabuenas de Petion, se dirigió á la barra, y dijo:

—No prestaré nuevos juramentos. Seré digno de mandar á los hijos de la libertad, y haré observar las leyes que se otorgue el pueblo soberano.

Por la noche se presentó en los jacobinos. La última vez, antes de salir para el ejército, se habia puesto el gorro frigio; pero despues de Valmy se presentó con su sombrero de general, el mismo que cubria su cabeza el día de la batalla, lo cual no impidió se le recibiera muy friamente.

El cómico Collot de Herbois subió á la tribuna y dió las gracias al general por el eminente servicio que habia prestado á la patria; pero le reprochó su demasiada cortesía con los prusianos.

Danton subió despues y explicó los motivos de aquellos miramientos, añadiendo:

—Dadnos algunas victorias en Austria para consolarnos de no haber visto en París al déspota de Prusia.

Y en la copa en que Dumuriez creia haber bebido el néctar embriagador de la gloria, encontraba la hiel de la ingratitude democrática.

Aquella copa amarga debian beberla dos de los más valientes ge-

nerales de la revolucion, y á los cuales debia la república sus primeras y gloriosas victorias.

Dumuriez la apuró hasta las heces, y se volvió á llenar para Pichegrú.

Hemos dicho que en aquella noche debia ratificarse la reconciliación y darse el beso de paz en la representación de *La hermosa rentera*.

Roland habia ofrecido el palco á Dumuriez, su esposa debia asistir y el ministro ofrecia ir tan luego como concluyera el despacho.

El palco próximo lo habia tomado Danton para su madre y su esposa.

Pero fuera equivocación, fuera hecho á propósito, entró con su mujer y Dumuriez en el palco de Roland.

La señora de Danton y la de Roland no se conocian; la primera era un gran corazón, la segunda un talento sublime; debian simpatizar, y por su amistad unir también á sus esposos.

Además, para el público seria un efecto admirable ver en el mismo palco á Dumuriez, madama Roland, Danton y Vergniaud, porque este también habia ofrecido presentarse.

La torpeza de una acomodadora desbarató aquel bellissimo plan.

Cuando se presentó Mad. Roland del brazo de Vergniaud y se disponia á entrar en su palco, le dijo:

—Señora, dispensad, está ocupado.

La esposa de Roland quiso saber quién se atrevia á ocupar un palco que su marido habia tomado.

—Abrid, dijo.

La acomodadora abrió.

Mad. Roland lanzó una rápida ojeada, reconoció á Dumuriez y vió á Danton con una mujer, la que ocupaba el sitio que ella debia ocupar.

Sabia que Danton no era escrupuloso con respecto á las mujeres, que acompañaba en público, y tomó á su esposa por una cualquiera, con quien ella no podria alternar.

—Muy bien, dijo impulsando la puerta, la cual se cerró sola.



Y antes que Danton hubiese tratado de saber quién había abierto, bajaba la escalera.

Danton adoraba á su esposa, mucho más cuando en aquellos momentos sabia que tenia el corazon desgarrado por las jornadas de Setiembre; así es que miró aquella negativa como un insulto, y más aun cuando vió á su mujer atacada por una palpitacion violenta, á consecuencia de la cual se desmayó.

Padecia una anemia que la condujo al sepulcro. Parecia que la sangre derramada el 2 de Setiembre era parte de la suya.

Todavía conservaban la esperanza de ver en casa de Talma á Roland, pues seguramente no asistiría Mad. Roland.

Danton permaneció al lado de Dumuriez durante la representacion, y el público aplaudió al vencedor de Valmy, pero no tanto como si se hubiera presentado con Mad. Roland y Vergniaud.

Solo Dios sabe cuántas cabezas costó la ligereza con que cerró la puerta del palco Mad. Roland.

La comedia de la señorita Candelle, aunque pertenecia á la literatura fria y lánguida de aquella época, tuvo un éxito completo y formó parte del repertorio.

Cuarenta años despues vi presentarse al público por primera vez á la señorita Mante en *La hermosa rentera*.

Cuando concluyó la representacion, fué llamado el autor en medio de un torrente de aplausos.

Danton buscó inútilmente á su amigo Jacobo Merey, á quien deseaba confiar su esposa, cuya salud le tenia cuidadoso; pero Jacobo, á pesar de haber ofrecido ir, no se había presentado en el teatro.

Por consiguiente, Danton y Dumuriez la acompañaron hasta su casa, travesía del Comercio, y desde allí se encaminaron á la calle Chantereine, en casa de Talma.

La reunion era brillante. En aquella época había llegado ya Talma al apogeo de su reputacion.

Aunque era partidario y miembro del club de los jacobinos, aun cuando era íntimo amigo de David, amigo á su vez de Marat, pertenecia por el talento, por el arte y por la literatura á la Gironda, el partido más distinguido; por consiguiente, entre la concurrencia

se veian hombres de Estado, poetas, artistas, pintores y generales pertenecientes á todas las opiniones y partidos.

Cuando llegaron Danton y Dumuriez recibia la señorita Candelle las felicitaciones de sus amigos, que eran tanto más sinceras, cuanto que su talento como actriz y como poeta no inspiraba celos á nadie.

Los recién llegados unieron sus felicitaciones á las que los demás la prodigaban, y como en aquel momento acababan de entregarla una corona de laurel, ella insistió para que la aceptara Dumuriez.

El general la tomó y la colocó sobre un busto de Talma, en donde permaneció.

El dueño de la casa presentó á Dumuriez todos aquellos hombres, que eran célebres ó debian serlo.

Todos le eran conocidos á Dumuriez, el general más instruido, pero que, alejado de la sociedad parisiense, no los había tratado.

Allí se encontraban Legouvé, Chénier, Arnaud, Lemerciér, Ducis, David, Girodet, Prud'hon, Le-Thieret, Gros, Louvet de Coupvray, Pigault, Lebrun, Camilo Desmoulins, Lucila, la señorita de Keralio, la de Cabarrús, Cabanis, Condorcet, Vergniaud, Guadet, Gensonné, Garat, la señorita Rancourt, Rouget de l'Isle, Méhul, los dos Bautistas, Dazincourt, Fleury, Armando, Dugazon, San-Prix, Larive, Monvel, es decir, todo lo más notable en artes y en política.

Allí, aplaudido y festejado por todos, se entregaba Dumuriez á esa pura alegría del vencedor, á cuyo triunfo no se mezcla la voz del esclavo.

Creia que nada alteraria aquella plácida noche.

Pero de repente se extendió por los salones un rumor sordo.

Parecia que los concurrentes estaban poseidos de una inquietud vaga, y el nombre de Marat, repetido por veinte voces, cayó sobre los convidados, no como una lengua de fuego, sino como un torrente de aceite hirviendo.

—¡Marat! exclamó Talma. ¿Qué busca aquí? Que llamen dos criados para que le arrojen á la calle.

Pero David se opuso.



—Déjame antes antes ver lo que quiere, y despues decidirás, dijo.

Talma consintió.

David salió hasta el vestíbulo.

—¿Qué deseas? le preguntó á Marat.

—Quiero hablar al ciudadano Dumuriez, contestó.

—¿Y no podias escoger otro momento que este, en el que le están festejando?

—¿Y por qué festejan á un traidor?

—¿Un traidor, y acaba de salvar á la patria?

—¡Un traidor, un traidor, un traidor! repito.

—Pero, por último, ¿qué pides?

—Pido su cabeza.

—¿Y acompañada de cuántos más? preguntó Danton, apareciendo en la puerta.

—Con la tuya y las de aquellos que han pactado con el rey de Prusia. Sí, añadió amenazando con el puño, se sabe que habeis recibido dos millones cada uno.

—Dejad entrar á ese loco para que lo sangre, dijo Cabanis; tiene un ataque á la cabeza.

Marat entró, pero mucha gente habia abandonado el salon y hablaban y comentaban en las demás habitaciones.

Dugazon habia puesto una badila al fuego para hacerla áscua. Marat estaba escoltado por dos jacobinos altos y secos.

Quería pedir cuentas á Dumuriez de haber expulsado á los maratistas voluntarios de Chalons, que pedian sangre.

Henchido de hiel y de veneno, creía espantar al general vencedor lo mismo que aterraba á los papanatas de Paris.

Dumuriez, apoyado en su sable, le aguardaba tranquilo.

—¿Quién sois? le preguntó.

—Soy Marat, contestó torciendo su repugnante boca.

—Nada tengo que ver ni con vos, ni con los vuestros.

Y le volvió la espalda con profundo desprecio.

Los que rodeaban al general, particularmente los militares, lanzaron una carcajada.

—¡Ah! Os causo risa esta noche, pero mañana os haré llorar. Y salió amenazando á todos.

Apenas desapareció, tomó la badila roja Dugazon y un puñado de azúcar en polvo, y sin pronunciar una palabra zahumó los sitios por donde habia pasado Marat.

Este episodio hizo volver el júbilo que habia desaparecido.

Pero el plan de la reconciliacion de la Gironda y de la Montaña no pudo llevarse á efecto ni en el teatro de Variedades ni en el salon de la calle Chantereine.

Cuando Danton volvió á su casa encontró á Jacobo Merey, que le esperaba con impaciencia.

El doctor salió á su encuentro y le dijo, sin darle tiempo para interrogarle:

—Amigo, no quiero pedir una licencia á los pocos dias de haber entrado en la Convencion; pero desearia una comision que me dejara quince dias de libertad para un asunto de la mayor importancia.

—¡Diablo! á quién quieres que se la pida, exclamó Danton; estoy mal con Servan y con Clavier, y lo sucedido esta noche me habrá puesto peor con Roland. La señorita Manon Philippon le habrá referido á su modo lo ocurrido, añadió con acento despreciativo: no me queda más que Garat, el ministro de Justicia.

—¿Y con ese estás bien?

—¡Oh! Lo que es Garat no me rehusará nada!

—Justamente es él quien presentó el 9 de Octubre un proyecto de ley condenando á la pena de muerte á los emigrados cogidos con las armas en la mano y á ser fusilados inmediatamente.

—Verdad es.

—Pues bien, que me encargue de identificar la persona del señor de Charelet, preso el dia 21 y fusilado el 22 en Mayenza. La comision es honoraria, porque yo haré los gastos de las investigaciones.

—¿Ese asunto tiene verdadera importancia?

—Se trata de mi felicidad.

—Mañana tendrás la orden.



Aquella misma noche habia leido Jacobo Merey en el *Monitor*: «El jefe de una partida de emigrados que habia combatido en Champaña, viendo que nada podia hacer en aquel sitio se encerró en principios de Octubre en la ciudad de Mayenza.

»Mayenza se rindió el 21, y no habiendo hecho el gobernador ninguna condicion en favor de los emigrados, ha sido cogido el señor de Charelet con las armas en la mano y fusilado á las veinticuatro horas, en virtud de la ley de 9 de Octubre.

»Se dice que dicho señor de Charelet poseia cuantiosos bienes en el departamento de Creuse, en las cercanías de la ciudad de Argenton.

»Otra buena herencia para la república.»

Al dia siguiente tenia Jacobo Merey la orden de Garat para viajar en comision desde el 26 de Octubre hasta el 10 de Noviembre inclusive.

Inmediatamente salió para Mayenza con una carta del general Dumuriez para el general Custine.

La víspera de su marcha, Garnier de Saintes habia propuesto un decreto, el que fué aceptado por la Convencion, desterrando á los emigrados á perpetuidad, y castigando con la pena de muerte, sin distincion de edad ni sexo, á los que volvieran á Francia.

## XIII.

## Una carta de Eva

Jacobo Merey no perdió un momento. A las diez de la mañana estaba enganchada una carretela para camino, y él aguardaba la orden vestido con el traje de viaje.

A las once se la presentó Danton. Los dos amigos se abrazaron, y despues de recomendarle la salud de su esposa, salió Jacobo Merey gritando al postillon:

—Camino de Alemania.

Era el mismo por donde habia regresado con Dumuriez.

Volvió á ver á Chateau, Thiers y Chalons, y saludó al pasar el campo de batalla de Valmy, en donde se veian las eminencias de las tumbas.

En Verdun se encontró con que, despues de haber tenido poco valor, querian hacerlo olvidar á fuerza de rigor. Las desgraciadas jóvenes que sin comprender que era un crimen habian salido á recibir al rey de Prusia, estaban presas y se les seguia causa; ya se sabe que fueron ejecutadas.

Entró en el Palatinado por Kaiserslautern, y tres dias despues de su salida de Paris llegó á Mayenza; habia andado doscientas ocho leguas en sesenta horas.

Pero el general Custine habia continuado su camino, y se hallaba ya en Francfort, sobre el Main.

Jacobo Merey pidió informes á los oficiales que habian quedado de guarnicion en Mayenza, y les preguntó si tenian noticia del fusilamiento de emigrados.

Era cierto, y el hecho habia causado profunda sensacion en la